

# Luis Majul

# Lanata

Secretos, virtudes y pecados del periodista  
más amado y más odiado de la Argentina

**NUEVA  
EDICIÓN**

MARGEN  
IZQUIERDO



LUIS MAJUL

# LANATA

Secretos, virtudes y pecados  
del periodista más amado y más odiado  
de la Argentina



# 1

## SUICIDIO

Quince minutos antes del Año Nuevo de 1998, Jorge Lanata, el periodista más odiado y más amado de la Argentina, pensó en matarse por segunda vez en la vida.

Estaba solo, agobiado, melancólico y aturdido.

Miraba el cielo atiborrado de pirotecnia desde el balcón terraza del piso 26 de su departamento de 250 metros cuadrados, en el corazón del barrio de Belgrano, en la esquina de Teodoro García y Zabala. A través del alambrado Lanata podía ver una buena parte de la ciudad de Buenos Aires.

Tenía 37 años y una Smith & Wesson calibre 38, de ochocientos dólares, lista para ser utilizada. Al lado del arma, sobre la mesa ratona de metal oxidada, había un “papel” repleto de cocaína “de la buena”, una botella abierta del exquisito champagne francés Veuve Clicquot y unos cuantos atados Benson & Hedges y Parliament. A pesar de la angustia, Lanata se había vestido para la ocasión: traje negro, camisa blanca, impecable, corbata negra y zapatos nuevos, negros también y recién estrenados.

Para demorar la decisión final, el periodista había empezado a escribir, esa misma noche, un texto sobre las cosas que le estaban haciendo demasiado daño. Los fuegos artificiales dominaban la escena. Por eso lo tituló *Fuegos*. Comienza así:

*Iba a empezar diciendo  
“querido diario”  
pero mi diario se llamaba  
Página/12  
y ya no lo tengo.*

Hacía muy poco, exactamente siete meses, que sus excompañeros de *Página* habían cometido lo que todavía el periodista considera un acto de

“alta traición”: ignorar que él, Jorge Lanata, había sido el principal creador y fundador del diario. Entonces, profundamente dolido, había escrito una carta personal y con expreso pedido de no publicación a sesenta y tres personas que habían compartido con él los mejores y los peores días de *Página/12*. Estos son los párrafos más importantes:

*Trabajamos siete años juntos, lo que nos convierte en una especie de compañeros de cárcel, o de colegio, obligados al amor y al odio de la convivencia. Cualquiera de nosotros puede contar historias espantosas o conmovedoras de su vecino. Creo que somos mejores que hace diez años, aunque más desangelados y más viejos. Sin embargo, no pensé –hasta este lunes– que íbamos a perdernos el respeto.*

*Yo pensaba en aquellos años que (Ernesto) Tiffenberg era una especie de Descartes que compensaba mi rol de elefante en un bazar. Después –y a destiempo– supe que las dudas de Ernesto no eran expresión de inteligencia crítica sino de miedo. Aprendí, también tarde, que a veces los cobardes son peores que los hijos de puta.*

*Fue tortuoso y difícil dejar el diario: yo estaba en un lugar que jamás había soñado, pero que también me impedía crecer. Tenía –como también tengo ahora– un fuerte temor al fracaso, y creo que ese temor me impidió salir de allí un año antes.*

*Cada vez que un periodista de *Página* me contaba que le habían cortado mi nombre en una nota, me parecía patético y hasta gracioso. Pero este lunes, por ejemplo, me dolió que Juan Gelman me desapareciera de su contratapa. Me encontré con alguna gente de *Página* –cuatro o cinco personas, en realidad– que me dijeron que era injusto. No les pregunté qué hacen para cambiarlo porque hubiera sido molesto, para ellos y para mí. Pero no creo, sinceramente, que como periodistas podamos llegar a la verdad si partimos desde una mentira. Tal vez hubiera tenido que hablar sobre todo esto mucho antes.*

*Que tengan un feliz cumpleaños.*

JORGE LANATA

¿Era solo el vacío que le provocaba el desprecio de sus excompañeros del diario lo que lo hacía pensar en la muerte?

No.

Seguro que no era solo eso.

Porque esa noche Lanata siguió escribiendo, a mano, con letra de imprenta:

*X no está  
Z tampoco  
Está Caetano en el living  
y acabo de marcar repeat en el equipo.*

X es Florencia Scarpatti, la productora periodística doce años menor que él con la que estaba yendo y viniendo desde hacía ya cuatro años. Bellísima, alta, ultrasensible y muy culta, Florencia lo seguía amando a pesar de que Lanata no era su modelo de pareja ideal. A Scarpatti no le molestaba tanto el rock and roll. Lo que parecía no poder tolerar más era la idea de ser un satélite más del enorme planeta llamado Lanata.

Z es Sara “Kiwi” Stewart Brown, la fan que un día le regaló una botella de JB para su cumpleaños número 36 y que ahora es la mamá de Lola, su segunda hija. Se trata, sin duda, de la mujer más importante de su vida. La persona que, como se verá después, lo salvó de pasar para el otro lado. Pero las cosas con Sara, en aquel año viejo de mierda, no se habían terminado de fraguar.

Caetano Veloso no estaba en el living de cuerpo presente, como Lanata escribió en *Fuegos*. Sí se escuchaba su voz suave y dulce al interpretar *Noche de Hotel*, una de las canciones más lindas y melancólicas que el artista brasileño compuso en un hotel de Lisboa, cuando parecía tan desesperado como Lanata. Al lado del equipo de audio había una biblioteca y un enorme sillón. Caetano cantó:

*Noite de hotel  
A antena parabólica só capta videoclips  
Diluição em água poluída  
(E a poluição é química e não orgânica)  
Do sangue do poeta  
Cantilena diabólica, mímica pateta*

*Noite de hotel  
E a presença satânica é a de um diabo morto  
Em que não reconheço o anjo torto de Carlos  
Nem o outro  
Só fúria e alegria  
Pra quem titia Jagger pedia simpatia*

*Noite de hotel*  
*Ódio a Graham Bell e à telefonia*  
*(Chamada transatlântica)*  
*Não sei o que dizer*  
*A essa mulher potente e iluminada*  
*Que sabe me explicar perfeitamente*  
*E não me entende*  
*E não me entende nada*

*Noite de hotel*  
*Estou a zero, sempre o grande otário*  
*E nunca o ato mero de compor uma canção*  
*Pra mim foi tão desesperadamente necessário*

Después de escuchar la canción una y otra vez, Lanata empezó a pasar lista a sus afectos más cercanos. Lo dejó sentado en la misma “prosa poética”:

*Bárbara está*  
*en la quinta de Andrea*  
*y espero llamarla a las 12 en punto.*  
*Papá está muerto,*  
*También Dionisio.*  
*Mamá está viva, aunque nunca entendí dónde.*  
*Con Nélide hablé*  
*esta tarde*  
*Y ya.*

Y ya.

Bárbara es su hija. Por entonces rondaba los ocho años. La concibieron junto a Andrea Rodríguez, periodista de *Sin Anestesia*, *Página/12*, *Veintiuno*, *Veintitrés*, *Lanata sin Filtro* y *Periodismo Para Todos*.

Su papá, Ernesto Lanata, era odontólogo y había muerto, de cáncer en los huesos, en junio de 1989. El periodista se había reconciliado con él antes de la despedida final. Sin embargo, esa noche no podía dejar de recordar cómo su padre lo había ignorado durante toda su infancia. Tampoco podía sacarse de la cabeza sus constantes peleas, a los gritos, que a veces terminaban con Lanata “lumpeneando” por las calles de Buenos Aires, San Isidro, Mar del Plata, Río de Janeiro o en San Pablo.

Su tío, Dionisio Álvarez, del que había heredado su primera biblio-

teca, era el hermano de su mamá y el hombre con el que había empezado a fumar Particulares 30, cuando tenía solo 13 años. Él también había muerto hacía tiempo.

Tía Nélide, la solterona, la otra hermana de su mamá, era, de hecho, la mujer que lo crió durante toda su infancia y su adolescencia. Moriría mucho tiempo después, a los 95 años, contenida por Lanata y su familia, en el cuarto de la casa de 450 metros cuadrados que su sobrino alquiló entre 2003 y 2012, en el primer piso del ala de la calle Esmeralda del Palacio Estrugamou, en la zona más concheta de Retiro, a razón de cuatro mil quinientos dólares por mes.

Su mamá, María Angélica Álvarez, en efecto, todavía estaba viva. En silla de ruedas, sin poder hablar ni valerse por sí sola, pero viva. Y muy presente. Esto era así desde abril 1968, cuando fue operada de un meningioma en la cabeza que la dejó cuadripléjica, le afectó el centro del habla y le impidió articular las palabras, hasta su muerte, en mayo de 2004.

Desde hacía treinta años Lanata se comunicaba con su mamá por medio de señas. A veces María Angélica se reía, y Lanata también. Pero otras veces, como esa noche, “no la encontraba”. Desde muy pequeño, Jorge vivió con el temor de que pudiera sucederle a él mismo algo parecido a lo que le pasó a su mamá. Quizá por ese miedo atávico, y otros miedos secretos, el periodista siguió escribiendo, agotado:

*No se puede pelear contra la historia  
en una sola noche  
es demasiada pelea.  
La historia pesa,  
pega  
golpes bajos.  
Se tira encima.  
Estuve  
todo el día  
angustiado.  
Los motivos son tan obvios  
Que he dejado de creer en ellos.*

Es verdad.

Entre los fuegos artificiales y los estruendos de las cañitas voladoras que anunciaban la llegada de 1998, los motivos de Lanata parecían demasiado obvios como para incorporarlos a su balance de fin de año,

beber otra copa de champagne, volver a darse un saque de merca y, por fin, dispararse en la cabeza el tiro del final.

¿Cómo había llegado hasta ahí?

1997 había arrancado como uno de los mejores años de su vida. Y sin embargo, estaba terminando como uno de los peores, para no decir el peor.

Si quería ser indulgente con él mismo, Lanata podía incluir, en el haber, su primer intento de desintoxicación en Glens Falls, aquel pueblito cercano a New Jersey donde un experto en adicciones prometía que le haría abandonar su amor por la cocaína. Aterrizó allí el 5 de enero de 1997 con su chica de entonces, la estudiante de cine Mariana Erijimovich. Aquel ensayo terminó en un estrepitoso fracaso, como se comprobará, luego, en detalle. Sin embargo, el hecho de haber viajado hasta allí bien podía ser considerado como el principio del deseo de curarse de aquella enfermedad.

Podía anotar, sin mentir, a 1997, como el año de mayor facturación de toda su vida. Había calculado casi dos millones de dólares entre la radio y la tele. A eso habría que sumarle las regalías de *Vuelta de Página*, el libro con los artículos periodísticos de Lanata en *El Porteño* y en *Página*, y los editoriales de la radio y de la tele, reunidos en una edición especial para quioscos, bajo el sello J. L. producciones y asociados. ¿Cómo era entonces que, al final de cuentas, tenía más deudas que dinero en el banco? Se lo había explicado su mánager, Fernando Moya, el mismo que representó a Charly García y a Fito Páez, una y otra vez, con una calculadora en la mano y los papeles en la otra:

*—Jorge, tu problema no es que ganás poco, o que mi porcentaje sobre tu facturación es demasiado alto. Tu problema es el mismo que tienen las estrellas de rock, como Fito o como Charly. Ganás un fangote, pero gastás mucho más. Y lo peor es que te lo gastás más rápido de lo que lo ganás.*

Lanata, podía, incluso esa noche de balance extremo, engañarse y dar por sentado que había llegado a ser cada vez más popular y al mismo tiempo cada vez más creíble y prestigioso.

Pero lo que no podía negar era que, lo que más lo había afectado, era su salida repentina de la tele. Es decir: la interrupción del contrato con América para conducir *Día D*. El programa había arrancado en enero de 1996 y había amenazado a los ciclos políticos tradicionales como los de Bernardo Neustadt y Mariano Grondona. También había sacudido a todo el *establishment* de los medios, cuyos representantes lo veían con una mezcla de pánico, envidia y admiración.

¿Cómo podía Eduardo Eurnekian, a quien él, cariñosamente, había

llamado *tío Eduardo*, atreverse a rescindirle el contrato, si *Día D* era uno de los programas con más audiencia y mejor venta del canal, después de *CQC*?

¿Cómo tenía el tupé de dejar sin laburo así, sin más, a un adicto al trabajo semejante? ¿Cómo había elegido, para colmo, comunicárselo antes de fin de año, cuando él y su equipo ya daban por descontado que firmarían un nuevo contrato para la temporada 1998? ¿Cómo podía Eurnekian, de un día para el otro, quitarle la otra droga, el nutriente narcisista irresistible cuya dosis diaria lo hacía vivir un poco más y un poco mejor?

Lanata revisó su existencia una vez más.

¿Había estado alguna otra vez tan mal, tan vacío, tan desesperado y tan solo como aquella noche?

Quizá una o dos veces.

Sí. Una, dos veces. O tres.

¿Podía identificarlas?

Claro.

Una, muy clara, fue la noche de su cumpleaños número 30, cuando sintió que ya había hecho casi todo en la vida, y que no tenía mucho más para ofrecer.

*–Ese día me quebré mal. Y llegué a pensar que ya había hecho de todo, y que no me quedaba tiempo para nada más. No me pidas más detalles. No es sencillo de explicar. Ese día toqué fondo* –me dijo veinte años después.

Otro momento crítico fue la noche en que presentó *Egotrip*, durante su programa de radio de culto, *Hora 25*, que conducía, de lunes a viernes, de 0 a 1 de la mañana, en la Rock & Pop.

Fue el 16 de agosto de 1993. Tenía 32 años. Estaba sumergido en su etapa “literaria” y melancólica. Después de la apertura, Lanata apagó la luz, se puso de espaldas al control e hizo algo demasiado osado para la época: una entrevista a sí mismo. Allí contó su propia biografía por primera vez y reveló la enfermedad de su madre y su carencia absoluta de padre. Explicó que había “coqueteado” con la muerte y que, de alguna manera, todavía seguía coqueteando. Reconoció que, en algunas ocasiones, había “transado”. Contó por qué se había ido de su casa por primera vez. Habló de la parte de mujer que pensaba que tenía. Definió como a sus amigos a Fito Páez, el dibujante Miguel Rep y el escritor Rodrigo Fresán. Confesó algo que definió como “su capricho suicida”. Su fantasía de desaparecer y que no lo reconozca nadie, como Teller, el personaje de su primera novela, la estrella de rock que cambió su rostro e intentó

esfumarse en Venecia. Dijo Lanata en *Egotrip* que recibía cincuenta cartas lindas por día, pero una, con una crítica, podía llegar a amargarle la existencia por semanas. Que se sentía verdaderamente jodido porque a los 27 años ya había conseguido mucho más de lo que jamás había soñado cuando era chico. Hizo una referencia mínima sobre su experiencia con las drogas. Sugirió que no iba a dar muchos detalles por miedo a que la policía se apareciera en la puerta de la radio. Aceptó que tiene pánico al dolor físico. Y le pidió en el aire al “Chino” Chinen, el operador de *Hora 25*, que pusiera un disco de Roger Waters porque estaba a punto de quebrarse.

La sensación fue parecida a la que experimentó a los 12 años, cuando tuvo la certeza de que el mundo completo se le estaba cayendo encima. Él recuerda que no dudó. Que no le tomó ni un minuto la decisión de quitarse la vida. Que lo cuente Lanata, tal y como lo recuerda:

–*Sí. Me quise matar. Yo ya no vivía con mis viejos. Vivía con mi tía Nélide y mi abuela Carmen. Dejé una nota en el baño. No me acuerdo bien de lo que escribí. Sí me acuerdo de que se la dediqué a mis viejos y que, de alguna manera, los responsabilicé por mi soledad. A mi mamá ya la había agarrado el tumor cerebral y mi viejo vivía solo para ella. ¿Cómo lo hice? Tomé un montón de pastillas. No me morí porque se dieron cuenta enseguida. No te molestes en buscar la denuncia policial. No hubo. El lavaje no me lo hicieron en el hospital. Me lo hicieron en mi casa. Fue un momento muy confuso. Solo recuerdo al médico decir: “Se ve que tomó pastillas”.*

–¿Por qué lo hiciste?

–*En ese caso lo hice porque mi viejo no me podía atender. No podía cuidar a un chico que era muy solitario y no tenía amigos. Quería escapar de eso. Estaba superado por la situación. Supongo que me sentía el chico más triste y más solo del mundo.*

–¿Qué pasó después?

–*Después fue peor que antes. Porque no me podía dormir. Me daba miedo. De hecho, estuve como un mes sin poder dormirme antes de las cinco de la mañana. Había noches que me iba caminando desde Constitución hasta (el bar) La Paz y me lo pasaba ahí hasta la madrugada. O me iba al bar Suárez, de Congreso, hasta que cerraba. De ahí me tomaba un colectivo a Constitución. Después volvía a casa y prendía la radio. Me quedaba escuchando La peña del camionero hasta que me dormía agotado de cansancio, cuando empezaba a amanecer. Por supuesto, en la familia, aquel hecho habrá sido un tema tabú. Pero todo el mundo debía saberlo porque yo, por un tiempo, dejé de ir a la escuela. En esa*

*época, con el único que hablaba era con mi primo Emilio Álvarez, que ahora vive en Italia. Era mi único pariente-amigo.*

Después de aquel suicidio frustrado, Lanata pareció comprender que la única manera de sobrevivir a la enfermedad de su mamá y el enorme agujero negro que le producía su estado era usar todo el tiempo las palabras. Decir. Comunicar. Y, en especial, escribir.

Escribir sus primeras notas en la revista del colegio. Escribir en los bares o en la peticita del fondo de la despensa de sus abuelos, en Sarandí.

Escribir para el diario o escribir para él.

Escribir, sobre todo, para comprender quién era. Y hasta dónde había llegado.

Un par de años antes de la noche vieja de 1997 Lanata escribió dos textos que revelan, de manera cruda y estruendosa, cómo se veía entonces a sí mismo. Uno se llama *Soy*. El otro *Tengo*.

*Soy* habla, entre otras cosas, de lo que los otros esperan de él, de su adicción a la cocaína y de su preocupación por el dinero. Lo redactó cuando se disponía a salir de su etapa de rock and roll y de camisas Versace con flores estampadas. Eran los días en que le empezaba a molestar que sus compañeros le preguntaran cómo podía ser que un hombre que se definía como de izquierda pudiera tener una casa en José Ignacio, Punta del Este. Había comprado el terreno en cincuenta mil dólares y le había encargado al humorista, guionista, productor y arquitecto Alejandro Borensztein que se la hiciera cómoda, pero llamativa. Durante aquel loco verano de 1993, paparazzi de *Noticias* y de *Caras* le habían hecho una guardia en el mismo jardín de su casa. Él había tenido que llamar a Jorge Fontevecchia para pedir que no le publicaran una foto con una chica que no era, en aquel entonces, su pareja oficial. Le había caído la ficha de lo mucho que le jodía la contradicción del chico de Sarandí con una casa en Punta después de que Carlos Ulanovsky se lo preguntara, como al pasar, durante un reportaje para la revista cultural *La Maga*. Lanata leyó su propia respuesta publicada en 1994, mientras hacía *Rompecabezas*, de 6 a 9 de la mañana, en la *Rock & Pop*. Se la mostró, en el medio de una tanda, a su columnista de música y espectáculos, Carlos Polimeni. Enseguida le preguntó:

—*Boludo, ¿por qué un tipo como yo no puede tener una casa en José Ignacio? ¿Cuál es el fucking problema?*

Polimeni se quedó en silencio.

Días después, agobiado por la culpa, la vendió, a precio de bicoca: ochenta mil dólares por una propiedad que valía, por lo menos, el doble.

La prosa poética *Soy* bien podría ser la letra de una canción. Lo

único que le falta es la música y los arreglos. Es una confesión brutal y narcisista.

Lo que sigue son partes extraídas de su versión original:

*Yo no tenía que ser periodista  
ni tenía que dejar el colegio,  
ni tenía que abandonar una carrera,  
ni tenía que separarme.  
Yo no tenía que meterme en ese lío,  
ni tenía que querer un diario,  
ni tenía que decir que sí,  
que casi sí.  
Yo no tenía que gastar tanto dinero,  
yo no tenía que tomar,  
yo no tenía que escribir en primera persona,  
yo no tenía que hablar tanto de mí mismo.  
Yo tenía que negociar,  
yo no tenía que ser egoísta,  
yo no debía tener ese auto, o aquella casa.  
Mi alma estaba  
en otro lado.  
Me disfracé,  
me volví esnob.  
Tuve vergüenza de mí mismo.  
Hubo ocasiones en las que me perdí el respeto  
y otras veces  
fui.  
No necesito otra vida  
para tener la mía.  
Mi hija es importante, pero no es mi vida.  
Mi obra es mi vida,  
es lo mejor que tengo para dar.  
No sé hacia dónde voy  
pero quiero ser yo quien llegue.*

Mientras que en *Soy Lanata* se miró hacia adentro, en *Tengo* presentó un inventario de afectos personales y bienes materiales, como si fueran una misma cosa. Pero *Soy* y *Tengo* no se pueden comprender sino se las asume como parte de una misma vida. Casi sobre el final de *Tengo*, el autor hizo otra vez alusión al poco tiempo que siente que le queda. Los

chicos de Calle 13 podrían transformar esas palabras en uno de sus raps, y nadie se daría cuenta de que se trata, nada más y nada menos, que de la buena y tormentosa vida de un periodista estrella.

Con *Tengo* Lanata abandonó todo pudor, exhibió la enormidad de su ego y se mostró más desnudo todavía. Tenía 36 años. Es necesario reproducir parte del texto para empezar a conocer al personaje:

*Tengo una mujer,  
una hija de siete años,  
una exmujer,  
público que me dice genio  
o me pide que no transe.  
Tuve un diario,  
dos revistas  
varios programas de radio,  
un programa de televisión,  
un psicólogo,  
tres médicos,  
una casa,  
una quinta,  
dos autos,  
más de quince relojes pulsera  
quinientas camisas, treinta trajes,  
montones de ropa informal,  
medio millón de dólares en deudas,  
tres libros publicados,  
una antología publicada,  
cientos de charlas en universidades,  
cientos de chicas en cientos de lugares  
varios kilos de más,  
un elevado porcentaje de colesterol,  
cierto poder,  
el poder de tirar a un ministro o dos  
el de pedir custodia policial.  
Gasto demasiado dinero al mes.  
Tengo dos mucamas,  
más la enfermera de mi madre  
y la niñera de mi hija.  
Tengo un asistente,  
y una secretaria,*

*y un representante  
y varios contratos firmados,  
y muchísimos viajes  
y algunas adicciones,  
y sesenta cigarrillos por día,  
y un suicidio frustrado  
y un buen cuento  
y unas diez o veinte buenas frases,  
y unas veinte o treinta buenas ideas.  
Tengo talento,  
Y miedo,  
Y miedo,  
Y miedo,  
Y un desconocimiento total de mi futuro,  
Y treinta y seis años  
    que a veces parecen cien  
    y otras muy poco  
Me agota toda esta vida encima  
    dónde ponerla  
    colgarla de qué.  
El tiempo  
se escurre,  
ya no tengo mucho tiempo.  
Debo empezar.  
No sé cómo.  
Quiero  
Ser  
un niño  
cruel y libre.*

Bien pudo preguntarse en su balcón terraza de su piso 26 cómo podía llegar a ser un niño cruel y libre si ni siquiera estaba en condiciones de manejar sus propias decisiones profesionales. Bien pudo preguntarse qué clase de persona era, qué clase de éxito tenía si se encontraba, en ese momento, absolutamente solo, con un arma cargada, especialmente recomendada para defensa personal, a la que nunca había usado en su vida.

La misma posesión del arma parecía el resultado de uno de los numerosos fantasmas y asignaturas pendientes de su propia vida. ¿Qué hacía Lanata, un periodista progresista y enemigo de la violencia con una Smith

& Wesson sobre la mesa? ¿Quién se la había suministrado? ¿Cómo la consiguió?

Lanata hizo memoria:

*–Fue en 1994 o en 1995. Yo estaba en mi casa de la calle Libertad y Córdoba, piso 12, frente al teatro Cervantes. Vivía solo. El portero era de mi absoluta confianza y su hijo estaba buscando laburo. A mí me venían amenazando por Cortinas de humo (Una investigación independiente sobre los atentados contra la embajada de Israel y la AMIA). Era una verdadera cagada. Porque yo pasaba un buen tiempo con Bárbara, que era chiquita y a mí me generaba más vulnerabilidad. Un día llegué a atender y un tipo joven, con el ruido del fondo de un taller, me dijo, muy tranquilo: “Lanata: vas a morir de una muerte dolorosa”. Lo mandé a la concha de su madre y colgué. Enseguida le pedí una custodia al ministro del Interior de ese momento. Me la pusieron enseguida. Tuve que seguir escribiendo el libro de esa manera de mierda hasta que se publicó. Llegó el verano. Alquilé una quinta en la provincia de Buenos Aires. Yo no quería una custodia de la Maldita Policía de la provincia. Entonces le dije al hijo del portero si quería hacerme de custodio. El pibe aceptó y, como no estaba armado, le di la plata para que comprara una. Sacó el permiso y la compró. Fue mi custodio por ese verano. Duró poco la custodia. Al pibe lo tuve que echar porque se lastraba a la mucama que trabajaba en la quinta. Un día llegué de laburar y estaban juntos en la pileta. El arma, por supuesto, quedó en mi poder.*

La Smith & Wesson calibre 38 que tenía Lanata sobre la mesa ratona del balcón terraza del piso 26 de su departamento de Belgrano, la noche del 31 de diciembre de 1997, era una Modelo 10, conocida como *Military & Police*. Se trata de una de las más usadas por las fuerzas de seguridad de todo el mundo. Durante años fue la preferida de los policías y del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Es un revólver con cilindro y puede cargarse con hasta cinco proyectiles. Tiene un bloqueo manual en el lado izquierdo y una varilla extractora debajo del cañón. Los 38 son de acero y carbono. Vienen en negro y azul, con el mango de madera. Un arma como la que tenía Lanata fue la que utilizó la periodista norteamericana Christine Chubbuck para suicidarse, en vivo, el 15 de julio de 1974, durante la emisión de un noticiero en Sarasota, Florida. Es la misma que usó Mark David Chapman para asesinar a John Lennon, el 8 de diciembre de 1980 en la puerta del edificio donde el artista vivía, en la ciudad de Nueva York.

¿Quería Lanata pasar para el otro lado, de verdad?

El psicoanálisis divide el impulso suicida en tres niveles bien dife-

renciados. Uno es el de la idea. Se lo reconoce enseguida. Es cuando la persona dice: “Me mato”. Parece solo una hipótesis y suele quedar en eso. El segundo es el de la fantasía suicida. Puede concretarla o no. Puede comunicarla o no. Pero primero aparece en la mente en forma de fantasía. El tercer nivel es el del plan. En este caso, el individuo suele mostrar algo que se denomina omnipotencia suicida. Es la convicción de creer que él mismo puede doblegar a la muerte que siempre llega, por el hecho de elegir el momento de terminar con la propia vida. Para elaborar un plan se necesitan ciertos elementos. Artefactos, como una soga, pastillas, veneno o un arma. ¿Tenía Lanata, aquella noche, un plan suicida, y estaba buscando la manera de llevarlo a cabo? Se lo pregunté una y mil veces no bien confirmé que *Fuegos* no era una escena de ficción, sino uno de los episodios más reales de su controvertida y apasionante vida.

—¿Qué querés que te diga? ¿Querés que te explique *Fuegos*? Tengo un problema con eso: no te lo puedo contar. Porque la mejor manera que tengo de explicar cosas como *Fuegos* es escribiendo. Y yo la escribí. Y es todo verdad. Era una situación de festejo, por eso me puse traje. El arma que tenía era la que le había comprado a una custodia que tuve. Era una 38, una Smith & Wesson. ¿Si el arma estaba cargada? ¡Qué hinchita pelotas que sos, boludo! Sí. Estaba cargada. ¡Pero eso qué tiene que ver! ¿Pensás que no tenía control de la situación? No había posibilidad de nada. Sí. La cocaína estaba ahí. Y yo la estaba tomando. Pero no es un alucinógeno la cocaína. Si me hubiera tomado un ácido sí habría puesto en riesgo mi vida. Porque estaba solo y se me podría haber dado por tirarme de la ventana. Me acuerdo de que se veían los fuegos de la ciudad, por eso le puse *Fuegos*. No hay detrás de esto más de lo que se ve. Yo no puedo interpretarme a mí mismo. Solo te puedo decir que lo que parece ser, es. Que todo es cierto. Departamento de Belgrano. Piso 26. Estaba en la terraza. En una especie de balcón. Estaba solo. Igual yo odio las fiestas. Jamás hice una fiesta en mi vida. Lo siento como una situación rara. Y me molesta que la gente se obligue a divertirse. Otra vez, sí, lo admito: tenía un arma cargada. Y lo sé porque lo escribí. Y lo que escribí es cierto. ¿Tu pregunta es si quería usarla? Bueno. Estaba ahí. Y yo estaba triste. En ese momento me pesaba la historia. Ahora me pesa menos. Pero en ese momento me pesaba mucho. ¿Cómo no me iba a pesar si era un chico que a los 26 años ya había fundado un diario y me encontraba en el medio de miles de quilombos, sin ser de ningún lado? Porque al final, en ese momento, yo no sabía si era de Sarandí, de Barrio Norte o de dónde mierda era. Y la presión política era enorme. Como era y es insoportable sentir que todo el mundo habla de vos sin

*saber una mierda de vos. A mí, desde que nací, todo el mundo trata de moldearme. Trata que sea distinto de lo que soy. Que sea parte de lo que son ellos. La gente, por ejemplo, quiere que deje de fumar. Pero lo que les molesta no es, en realidad, que fume, sino que no les obedezca. No seas boludo. No tiene que ver solo con la salud. El cigarrillo es una excusa. El problema de fondo es que nuestros enemigos nos odian pero de alguna manera también nos quieren, porque nos animamos a hacer lo que ellos no pueden. Nos admiran porque no nos dejamos tocar el culo en un mundo tan de mierda como la televisión, pero en el fondo nos odian porque estamos ahí, refregándonos en la cara que hay tipos, como nosotros, que pueden resistir. Te quieren, y no te quieren. Te respetan, pero te odian. La presión que yo recibí, y todavía recibo, es una proyección de los deseos y los miedos de ellos. Te repito: estaba ahí y estaba triste. Estaba muy presionado y tremendamente dolido porque no podía despegarme de Página/12. ¡Sí, boludo! Con un arma cargada. Pero no me pegué un tiro. No lo hice porque, en el fondo, no lo quería hacer. Fue una boludez. Una pendejada. Lo hice y lo escribí. Podés poner que era una manera de coquetear con la muerte.*

Hay que empezar desde el principio, y detenerse en el lugar necesario para comprender quién es Lanata.

Nació el 12 de septiembre de 1960, veinte días antes de lo previsto, por complicaciones en el embarazo de su mamá.

Llegó a este mundo desde Mar del Plata, donde su familia tenía una casa de verano, y no desde Sarandí, el lugar de residencia de sus padres, porque los médicos le aconsejaron a María Angélica que no se moviera demasiado. El registro oficial dice que su mamá lo recibió en la clínica privada 25 de Mayo.

Fue, durante los primeros meses de su vida, el típico niño sobreprotegido, hijo de padres “demasiado grandes”. Ernesto Lanata tenía 40 años cuando él llegó al mundo. María Angélica Álvarez ya había cumplido los 37.

Lanata tuvo dos hermanos mellizos, pero nunca los llegó a conocer. Nacieron siete años antes que él y murieron al cumplir una semana de vida. Me lo confirmó su tía, Carmen “Negra” Lanata, en su casa del barrio de Barracas:

*—Mi cuñada quedó embarazada a los cuatro años de casada. El parto se adelantó. Fue en el Sanatorio Anchorena. Eran mellizos y nacieron azules. Uno duró una semana y el otro duró dos días. A María Angélica le faltaba una vitamina que hubo que reponerle luego. Fue siete años antes del nacimiento de Jorge. La tristeza fue enorme. No sabés la que pasamos.*

Lanata se enteró de que había tenido dos hermanitos en el medio de la investigación para esta biografía. Cuando le pregunté qué le pasaba con eso me hizo entender que era demasiado tarde para que tuviera algún sentimiento en particular.

*–Vos no tenés ni la más puta idea de lo que significa vivir toda tu infancia y tu adolescencia en una casa en la que tu mamá no habla y tu papá no existe y nadie te cuenta nada de nada.*

A los siete años su mamá fue operada de un cáncer en la cabeza y su vida cambió para siempre, como se verá en el capítulo siguiente.

El 31 de diciembre de 1997, justo antes de las doce de la noche, Lanata pudo interrumpir su coqueteo con la muerte. Fue en el instante en que empezó a escribir el final de *Fuegos*. El periodista dejó de hablar con él mismo y dio inicio a su diálogo con Dios. Vale la pena publicar el texto, casi completo:

*Habrá  
otra vez  
muchos fuegos  
feliz año,  
Año Nuevo  
Espero poder estar  
A la altura de las circunstancias.  
Dios,  
Estoy acá,  
acá,  
es bueno volver a sentir  
tu luz azul.  
No quiero volver todavía.  
Tengo trabajo pendiente  
Y es cierto,  
extraño  
qué bueno es  
volar un poco.  
¿Por qué nos separaste de las cosas?  
¿Qué buscabas?  
Sí, ya sé,  
Perdón, Señor:  
perdón,  
lo que debe ser  
será.*

*No hay ruta  
que no termine en mí.  
No hay movimiento  
sino existencia y expansión.  
Ya son las doce,  
acaba de comenzar otro año  
del mismo destino.  
Y una cosa más,  
Señor:  
Gracias por mi hija.*

Aquella noche, al final, Lanata no se suicidó. Y en cambio recibió a una chica, después de las 12, la abrazó y la besó.

Los momentos clave de sus 37 años anteriores y de sus 15 años posteriores servirán para comprender todavía más su compleja personalidad.

Por ahora basta con saber que:

Fue casi un niño prodigio.

Tuvo decenas de mujeres, tres matrimonios con libreta y dos hijas.

Terminó el colegio secundario de noche y jamás obtuvo un título universitario.

Fundó dos diarios y cinco revistas.

Condujo programas de radio y televisión.

Hizo una película.

Hizo de actor para películas y videoclips.

Publicó ocho libros.

Fue acusado varias veces de plagio.

Ganó decenas de premios.

Soportó una quiebra personal, tuvo que vender relojes para pagar deudas y todavía sigue gastando más de lo que tiene, a pesar de que lo que gana es cien veces el salario promedio de un periodista argentino.

Se peleó con decenas de colegas y también con casi todos los presidentes desde 1983 hasta acá.

Tomó toda la cocaína que podía tomar y un poco más, hasta que su cuerpo y su alma le pusieron un límite.

Juró que jamás trabajaría para *Clarín*, hasta que se transformó en el periodista estrella del Grupo.

En los últimos dos años estuvo por lo menos dos veces a punto de morirse y su médico sostiene que, aunque está mucho mejor, tarde o

temprano deberá volver a diálisis o necesitará un trasplante de riñón, si es que todavía quiere gozar de una vida más o menos normal.

Ahora que muchos de sus fans lo imaginan perfecto, o que sus enemigos le demuestran su odio con el apodo de “larrata”, es un buen momento para empezar a contar su verdadera historia.